

La participación de migrantes transnacionales en programas de asistencia técnica. Horticultores Bolivianos en el Alto Valle del Río Negro.

Ana Ciarallo.

Cita:

Ana Ciarallo (2008). *La participación de migrantes transnacionales en programas de asistencia técnica. Horticultores Bolivianos en el Alto Valle del Río Negro. IX Congreso Argentino de Antropología Social. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales - Universidad Nacional de Misiones, Posadas.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-080/377>

La participación de migrantes transnacionales en programas de asistencia técnica. Horticultores Bolivianos en el Alto Valle del Río Negro.

Mg. Ana Ciarallo
Universidad Nacional del Comahue
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales –
GESA
anacia7@hotmail.com

Palabras clave: migrantes transnacionales - redes sociales – prácticas sociales legitimadas – estrategias de reproducción social

Introducción

La construcción del tradicional espacio del Alto Valle del Río Negro tiene la impronta de la permanente relación de la dinámica natural y la sociedad a través del trabajo como factor transformador y, desde sus inicios, expresó la tensión global-local. El paradigma desde el cual se sentaron las bases para desarrollar una gesta colonizadora en el norte de la Patagonia a principios del Siglo XX estaba sostenido en la presencia de un estado-nación regulador y orientador, en el asentamiento de una población de origen europeo que garantizara la concreción de ideales de “civilización”, y en un tipo de producción agrícola homogénea e integrada a cadenas de valor orientada al mercado externo.

Este espacio se caracteriza por una marcada especialización en el uso del suelo, dedicado al cultivo de peras y manzanas cuya producción representa a escala nacional el 85% y 74% respectivamente, con destino a la exportación en su mayor parte tanto como fruta fresca o en forma industrializada. La estructura productiva está conformada por una amplia base de pequeños y medianos productores propietarios de chacras y por empresas nacionales y transnacionales que integran los eslabones del procesamiento, conservación y comercialización de la fruta.

El proceso de reestructuración que se evidenció a mediados de los 80 en el valle, produjo una profundización del proceso de acumulación capitalista. Esta tendencia agudizó la brecha entre los distintos actores sociales en función de las nuevas características que asume la producción en el contexto de una economía globalizada, reforzándose la tendencia a través de los complejos agroindustriales y el consiguiente debilitamiento y desaparición de los productores familiares primarios. (Bendini, 2002)

En este contexto de crisis de un modelo productivo se manifiesta, en las últimas dos décadas, la presencia de un nuevo movimiento migratorio de trabajadores hortícolas bolivianos caracterizado por la hipermovilidad, la informalidad y la fluidez. Estos agentes se vinculan con propietarios de tierras a través de modalidades contractuales que incluyen arrendamientos, aparcerías o medierías para desarrollar cultivos hortícolas para el mercado local y regional, estableciéndose una relación entre dos actores sociales

portadores de diferentes trayectorias, lógicas productivas y posiciones en el espacio social.

Así como en el período fundacional del Alto Valle se diseñaron e implementaron políticas inmigratorias desde arriba, los procesos migratorios actuales no forman parte de las decisiones de un aparato estatal y se caracterizan por su invisibilización, tanto en los discursos de funcionarios como en la sociedad en general.

Sin embargo, desde hace poco tiempo, estos agentes empiezan a ser considerados por los programas públicos de asistencia técnica. En este trabajo, se focaliza por un lado en indagar las características de la articulación entre el conocimiento legitimado de la intervención desde organismos estatales y los saberes de los migrantes en relación con las prácticas hortícolas. En segundo lugar, se intentará significar el papel de la participación de estos agentes en los programas en sus estrategias de reproducción social en el espacio local.

Migración Transnacional y Mercados de Trabajo

Las migraciones transnacionales están vinculadas estrechamente a las cambiantes condiciones del capitalismo global y deben ser analizadas en el contexto de las relaciones globales entre capital y trabajo. Los movimientos migratorios masivos de los últimos tiempos tienen un carácter básicamente laboral y la mano de obra migrante es un factor que contribuye a la expansión del capitalismo a escala internacional (Shiller, Blanc-Stanzon y Basch, 1994; citado por Herrera Lima, 2000).

En el concepto de transnacionalidad están presentes los elementos que ponen énfasis en el carácter indeterminado de la finalización de las migraciones, en el mantenimiento constante de lazos de vinculación –materiales y simbólicos- entre los lugares de origen y los de destino y en el papel estructurante de nuevas realidades sociales desempeñado por las redes de relaciones sociales que pasan de ser meros elementos posibilitadores de nuevas migraciones a ser verdaderos entramados sociales que de manera permanente posibilitan prácticas que dan cohesión a los espacios transnacionales.

Portes (2000) advierte que la condición de transnacionalidad debe ser adjudicada a aquellos migrantes que sostienen actividades transnacionales; o sea aquellas iniciadas y sostenidas por actores no institucionales, ya se trate de grupos organizados o de redes de individuos a través de fronteras nacionales. Muchas de estas actividades son informales, al margen de las regulaciones y controles del Estado. Al transponer continuamente fronteras geográficas, culturales, políticas, étnicas, consolidan redes sociales que hacen posible la continua circulación de personas, bienes, información y recursos con lo cual constituyen verdaderos territorios transnacionales.

Más que como un movimiento de un lugar a otro, la migración laboral debe ser conceptualizada como un proceso de construcción progresiva de redes. Las redes conectan individuos y grupos, distribuidos a través de diferentes lugares, y maximizan las oportunidades económicas por medio de desplazamientos múltiples, por lo tanto, la migración laboral es un recurso a través del cual los trabajadores y sus familias se

adaptan a las oportunidades desigualmente distribuidas en el espacio. (Portes y Börökz, 1989)

Douglas Massey (1999) define a las redes sociales de migrantes como el conjunto de vínculos interpersonales que conectan a los migrantes con quienes han emigrado previamente y con los no-migrantes, tanto en las áreas de origen como en las de destino, a través de lazos de parentesco, amistad o paisanaje, y este entramado se mantiene por el conjunto informal de expectativas recíprocas y conductas prescriptas. Si se concibe a los sujetos como ubicados concretamente en el interior de relaciones sociales e interactuando en flujos recíprocos de comunicación e intercambios, el migrante está relativamente condicionado por las influencias derivadas de su interdependencia con otros individuos en el interior de redes de las cuales forma parte (Benencia, 2005).

Desde una perspectiva dinámica y longitudinal del mercado de trabajo, Ludger Pries (2000) señala que es imprescindible articular el análisis del mercado de trabajo con el análisis de los procesos migratorios. El objeto núcleo de su análisis son los procesos y sobre todo los movimientos de las personas por las posiciones laborales; su esfuerzo está puesto en identificar y analizar las instituciones sociales que estructuran la dinámica del empleo y las trayectorias laborales considerando los cursos de vida y de trabajo de las personas como secuencias de posiciones ocupacionales-laborales en el tiempo. Las instituciones estructurantes en el mercado de trabajo que identifica son la empresa, la profesión, el mercado y los clanes. Define a la institución del “clan” como una red de relaciones sociales de la vida cotidiana basada en nexos y compromisos de lealtad, cuidado y procuración mutuos a mediano y largo plazo que normalmente está centrada en la familia ampliada y basada en normas de acción comunicadas directamente, y menciona las siguientes dimensiones como constituyentes del clan:

- a) La formación/calificación: socialización en el empleo por redes sociales y la lealtad como calificación
- b) Reclutamiento/búsqueda de trabajo: búsqueda de trabajo y trabajadores por medio de redes sociales
- c) Remuneración/movilidad vertical: remuneración no solo salarial sino social
- d) Asignación de puestos/movilidad horizontal: por necesidades comunicadas directa o personalmente

En el Alto Valle los migrantes bolivianos han reconstruido una intrincada red de relaciones que se inscriben en un sistema de ayuda mutua basado en el principio de reciprocidad. Este sistema, que pone en marcha una serie de prestaciones y contra prestaciones puede considerarse como una institución social y económica a la que los migrantes recurren para adaptarse a un medio ambiental y socio cultural diferente del de su origen. Y es un mecanismo que les ayuda a maximizar los escasos recursos que manejan y que –en muchos casos- es la contención social, económica y religiosa que les permite ascender socialmente. Este sistema adquiere el valor de producir y reproducir relaciones sociales que caracterizan el modo de vida de esta población, y por medio de las cuales sus miembros no solo se relacionan entre sí sino también con el mundo

sobrenatural. La dependencia y la solidaridad, como producto de la reciprocidad facilitan su adaptación al nuevo medio, como parte de un sistema sociocultural que proviene de su lugar de origen para dotar a su experiencia migratoria de un cierto orden social y religioso, y adaptarse a un medio dominado por relaciones impersonales (García Vázquez, 2005).

Estos vínculos de interdependencia entre paisanos se deben también a su inserción en una sociedad que los desvaloriza. El boliviano ingresa en los sectores más empobrecidos y se relaciona con la sociedad mayoritaria mediante el sistema de la economía de mercado, que lo absorbe o lo expulsa de acuerdo a su necesidad. El migrante resuelve parcialmente su inestabilidad socioeconómica reactivando el tradicional sistema de ayuda mutua en un contexto desfavorable.

Características de la migración boliviana al Alto Valle

Una importante cantidad de estudios permiten constatar la contribución de las familias bolivianas a la reestructuración de la producción hortícola o la conformación de nuevas áreas hortícolas en el país (Benencia, 1997; Ringuelet, 2000; Propersi, 2000; Benencia y Geymonat, 2004; Owen y Hugues, 2006). Estas investigaciones permiten inferir que en cada territorio productivo los migrantes bolivianos se comportan de manera diferenciada en función del contexto socio económico y cultural en el que se asientan.

A diferencia de los llamados “cinturones hortícolas”, las familias bolivianas que toman tierra bajo formas de arriendo o aparcería en el Alto Valle, se vinculan en general con propietarios de chacras que se identifican con la actividad frutícola, identificación que les imprime una relación de indiferencia hacia la horticultura, a la cual consideran de escaso prestigio y valor simbólico. Las estrategias de los migrantes resultan construcciones muy adaptadas a estas condiciones y se evidencian en la posibilidad de lograr autonomía productiva y desarrollar capacidades de negociación para lograr ventajosas condiciones de negociación para acceder a la tierra. Por otra parte, encuentran ventajas comparativas en un mercado hortícola local poco expandido en el que predominan situaciones de atomización, informalidad y falta de controles del estado.

“un productor los toma como medieros un año al 30 o 35% y al segundo año el boliviano ya no quiere ser mediero, se agranda, alquila tierra en la chacra de enfrente, se compra una camioneta y le revienta los precios al productor tradicional porque trabaja en negro” (entrevista ingeniera agrónoma del sector privado)

Si bien estas características de inserción de los migrantes bolivianos son comunes a casi todas las localidades del Alto Valle, el trabajo de campo se focalizó en una localidad del centro del valle –Ingeniero Luis Huergo- teniendo en cuenta el nivel de organización que ha logrado la comunidad boliviana y la proporción de tierra trabajada por terceros en horticultura, que alcanza al 20% del total de superficie sistematizada y bajo riego.

La llegada de las primeras tres familias bolivianas a la localidad de Huergo a inicios de la década del 70 para desarrollar cultivos de tomates bajo la forma de mediería fue

coincidente con el momento de auge de la actividad procesadora de pulpa de tomate. Provenían de la zona rural del sudoeste del departamento de Tarija, cercano a Potosí. El relato de una integrante de estas familias pioneras da cuenta de la trayectoria migratoria:

“Salí de Bolivia cuando tenía tres años, estuvimos dos años dando vueltas en Buenos Aires, pero allá, decía mi padre que era más esclavizante que acá. Acá venían como medianeros para hacer tomate, lo que producían era de ellos, allá era del patrón”

La entrevistada comenta que trabajaba solo la familia nuclear en el cultivo y que no tenían maquinarias: trabajaban con el tractor del dueño de la chacra y con caballo. Los integrantes de estas familias pioneras no desarrollan actualmente actividad hortícola, la mayoría de los hijos permanecen en la localidad o en localidades vecinas en actividades urbanas o como empleados rurales vinculados con la fruticultura. *“Eramos solos acá, nunca volvió a Bolivia mi padre y yo no conozco”*. El relato de estos primeros migrantes da cuenta de una red muy incipiente y de construcciones de lazos sociales más orientados a la población local, a la cual intentaban integrarse: *éramos dos bolivianos en la escuela, así que había que ser mejor que los argentinos para que nos respetaran, fue muy difícil ser diferente.*

Es recién a principios de la década del 90 cuando se produce una llegada importante de bolivianos con modalidades diferentes de inserción en la actividad hortícola en relación con los “pioneros”. En palabras de un miembro de las familias pioneras, se trata de una “nueva generación” de horticultores. Una de las características sobresalientes refiere a la forma de organización del trabajo hortícola que despliegan estos nuevos agentes que podría definirse de ayuda mutua basado en el principio de reciprocidad. En este sentido, en el caso de los migrantes transnacionales la calificación del trabajador se da por la socialización en el empleo de redes sociales, así como en el reclutamiento, las oportunidades de migrar y de retornar al país de origen, la remuneración y la movilidad social.

Los referentes de la “nueva generación” con más antigüedad en la región no vienen directamente de Bolivia sino que su llegada al Alto Valle constituye un punto de llegada de un largo proceso migratorio con “escalas” en otras regiones del país combinadas con estadías en Bolivia. Casi todos tienen algún lazo familiar *“son todos familia”*, provienen de la misma región –zona rural cercana a Tupiza en el departamento de Potosí y se agrupan: *“esta oleada, son cerrados, no confían, tienen miedo que les saquen lo que les costó tanto trabajo conseguir, defienden lo que tienen”* (entrevista a integrante de familia boliviana pionera).

Una de las entrevistadas que hace 18 años está asentada en Huergo describe su itinerario migratorio.

“A los 8 años fui con unos familiares a Tucumán y a Orán a trabajar en la caña. Después volví a Bolivia. A los 15 años me fui con un hermano a La Plata a trabajar verdura, ahí aprendimos. Volví a Bolivia donde me hice de marido y con dos hijos fuimos a la frontera, a Bermejo a juntar plata para el pasaje para

ir a Mendoza. Ahí en Los Alamos estuvimos 10 años como medianeros haciendo cebolla, ajo y tomate. Nos vinimos a Huergo porque mi marido tenía parientes; primero estuvimos como medieros con P. hasta que pudimos comprar herramientas y ahora alquilamos tierra. (entrevista a una integrante de una familia llegada a principios de la década del 90).

La particularidad de la migración de los grupos bolivianos relacionada con la presencia de connacionales unidos por lazos de parentesco, amistad o conocimiento vecinal ha permitido la reconstrucción de prácticas sociales y que se genere una identidad cultural-territorial propia conformadora de la colectividad boliviana.

En la actualidad se calcula que hay seiscientos bolivianos en la localidad, aunque este número probablemente incluye a los hijos argentinos de migrantes bolivianos. Del total, se puede identificar un núcleo de seis o siete familias más capitalizadas que llegaron a principios de los 90 y aprovecharon la coyuntura favorable para la horticultura que significó la política monetaria de convertibilidad peso/dólar. A lo largo de su itinerario migratorio, estas familias fueron adquiriendo la experticia necesaria para desempeñarse como productores autónomos provistos de maquinaria propia, y además fueron construyendo una intensa red social tanto con los connacionales como con los actores locales, condición esta última que les permitió vincularse con propietarios de chacras que se encontraban en situación de descomposición o desaparición. Al mismo tiempo, fueron realizando un proceso de reclutamiento de paisanos y parientes que venían directamente de Bolivia o de otras provincias de Argentina para desempeñarse como tanteros en sus explotaciones, estrategia que posibilitó la expansión productiva dentro de un esquema de flexibilidad.

Con el fracaso de las políticas neoliberales y la salida de la “convertibilidad” a principios de esta década, estos agentes habían logrado un nivel de acumulación de capital económico suficiente que les permitió posicionarse en la actividad hortícola, optimizar las estrategias de comercialización y avanzar en la actividad comercial urbana. La instalación de mercados, venta de ropa y verdulerías atendidas por mujeres bolivianas significó el paso de la invisibilización de los migrantes en las chacras a la hipervisibilización en el pueblo. Aquello que antes era periférico y marginal hace su aparición en el centro, apropiándose de las calles. *“La Avenida Colón, ahora es la avenida de los bolitas”* (entrevista a informante clave).

Lomnitz (1984) conceptualiza a la red social como una abstracción destinada a facilitar la descripción de ciertas relaciones de conjunto entre puntos correlacionados entre sí, por lo cual, se trata de una categoría abstracta definida por el antropólogo donde lo real son las relaciones subyacentes al campo y que sirven para definirlo. Las redes sociales definidas por relaciones de intercambio recíproco de bienes y servicios son conjuntos de individuos entre los cuales se produce con cierta regularidad una categoría de eventos de intercambio, y puede postularse que el conjunto de redes de intercambio constituye una estructura social de considerable fluidez y valor adaptativo a distintas situaciones.

La temporada productiva hortícola en el valle empieza en el mes de agosto y finaliza a fines de mayo. Durante el invierno hay dos condiciones limitantes para la producción de hortalizas; por un lado las bajas temperaturas imposibilitan cualquier cultivo que no se

realice bajo cubierta y con procedimientos de calefacción; y además el sistema de riego que se administra en función de la actividad frutícola no provee agua entre los meses de mayo a agosto. Las familias bolivianas estables preparan los almácigos para un nuevo ciclo productivo a fines del mes de julio y además ya han hecho los acuerdos para el uso de la tierra para la presente temporada en función de un complejo de variables que incluye: disponibilidad de capital circulante, disponibilidad de mano de obra, cultivos a realizar, situación del mercado hortícola regional, etc.

Durante el limitado ciclo hortícola –que se extiende de agosto a abril- se evidencia una intensa movilidad de migrantes: miembros de las familias estables “que bajan” de otras provincias para sumar su trabajo a la red; y familias que vienen directamente de Bolivia para incluirse como tanteros en los predios alquilados. Algunos regresan al finalizar la temporada, en tanto otros se quedan generándose una “siembra” de familias que se establecen en la misma localidad o se expanden a zonas vecinas en busca de tierras disponibles. Se van conformando así, lo que Schiavoni (1995) denomina agrupamientos espacio-familiares, que constituyen formas de organización de la producción asentadas en la apropiación de parcelas cercanas y el desarrollo de circuitos de reciprocidad que tienen lugar en la familia, posibilitando la estabilización de las explotaciones. Refieren a un tipo de organización relacionada con las fases de desarrollo del ciclo doméstico que, mediante la constitución de un equipo de trabajo, controlan la provisión de mano de obra y equilibran las oscilaciones derivadas del ciclo doméstico. Así, en determinadas actividades y fases domésticas, el conjunto de unidades familiares se asemeja a una sola explotación ampliada trabajada por varios integrantes del agrupamiento. Este tipo de organización maximiza el sistema de reciprocidad con miras a lograr la apropiación de recursos valiosos y mejorar las condiciones de reproducción.

El calendario de las celebraciones está íntimamente ligado al ciclo agrícola. La festividad de la Independencia, que reúne grupos bolivianos de localidades cercanas, y también de la provincia de Neuquén y de la provincia de Buenos Aires se instituye como un ritual de iniciación de un nuevo ciclo productivo, que incluye la recepción de los migrantes para la nueva temporada, tanto de los que vienen de Bolivia como de otras regiones del país. Las conmemoraciones renuevan la solidaridad afectiva y refuerzan los lazos sociales y los ritos se presentan como dispositivos para ratificar la pertenencia a un orden, se inscriben en un ámbito de producción y re-construcción de identidades vinculado a la colectividad boliviana. Esta estrategia identitaria desarrollada por los migrantes parece orientada a fortalecer la red social en el sentido de potenciar la movilización de identidades culturales y religiosas en un espacio-tiempo de referencia. Más que una tradición que se conserva, pareciera tratarse de una tradición que se produce en el marco de la inmigración, en tanto el ritual recarga energías vitales, materiales y simbólicas permitiéndoles regresar a la vida cotidiana del trabajo, de la discriminación, en muchos casos de la ilegalidad.

Grimson (2006) puntualiza que en algunos grupos migrantes se observa una tendencia a producir reagrupamientos en función de sus identidades étnicas. Frente al contexto hostil y la imposibilidad de articular identidades sociales más amplias, se presenta una tendencia a una creciente identificación étnico-nacional que incluye diversos dispositivos institucionales tales como fiestas, ferias, ligas de fútbol, organizaciones

civiles y federaciones que luchan por los derechos. En Huergo, la instancia material más significativa de visibilidad de este grupo migratorio es la “colectividad”, un predio de 3 hectáreas ubicado estratégicamente entre la zona rural y la urbana en la cual se ha construido un gran salón y, a cuyos lados, se ubican dos canchas de fútbol. Los residentes realizan allí las dos festividades centrales del ciclo: el festejo de la independencia el 6 de agosto y desde el año pasado, la festividad de la virgen “Mamita de la Misericordia” a mediados de agosto.

De la invisibilidad social a la inclusión en programas públicos

La visibilidad de estos agentes productivos también empieza a materializarse a través de su inserción en programas institucionales de asistencia técnica. En el último año se conformaron tres grupos de horticultores dentro de Programa “Cambio Rural” integrados en su casi totalidad por migrantes bolivianos. El propósito explícito del proyecto de intervención consiste en mejorar la rentabilidad de sus cultivos incrementando los niveles de producción de hortalizas de calidad a través de un sistema de asistencia técnica y capacitación; conseguir acceder a los mercados que hoy les están vedados por falta de escala de producción y falta de organización (Documento Interno Cambio Rural).

En el Alto Valle de Río Negro, el Programa Federal de Reconversión Productiva para la Pequeña y Mediana Empresa Agropecuaria (Cambio Rural) implementado a nivel nacional a mediados del año 1993, estuvo orientado de manera casi exclusiva al sector frutícola en su primera etapa de implementación. Los componentes de asistencia técnica, asociatividad y vinculación al crédito, apuntaron a intensificar o diversificar la producción, reorganizar los factores de producción, readecuar la dedicación y gestión empresarial, incorporar formas asociativas para aumentar la escala y lograr una articulación con agroindustrias y agronegocios. En síntesis, la instalación del programa en la región del Alto Valle propendió a dotar a los productores frutícolas de bases para la inserción competitiva en la economía nacional e internacional que les posibilitara el incremento de su ingreso en el corto plazo y un desarrollo sostenible desde el punto de vista de la empresa y de los recursos naturales en el mediano y largo plazo.

Si bien, de manera explícita el programa no tuvo modificaciones, en su implementación se evidencia un cambio de perfil. En la actualidad, la mayor parte de grupos conformados y supervisados por la Estación Experimental del INTA del Alto Valle no se inscriben en la producción frutícola sino en producciones diversificadas y alternativas a la fruticultura, y no solo incluye a productores orientados al mercado exportador, sino fundamentalmente a productores de subsistencia y micro emprendimientos.

“Es un cambio de abajo hacia arriba, un poco compulsivo. Estamos tratando de presionar para que esta herramienta de trabajo se adecue a las necesidades del territorio” (referente del Area Desarrollo Rural)

No fueron los migrantes quienes solicitaron su inclusión en el programa. Por el contrario, los técnicos locales realizaron una intensa y paciente tarea de relevamiento y adscripción de estos productores para conformar los grupos.

¿Cuál es la motivación de esta institucionalización? Los ingenieros agrónomos que coordinan el proyecto relatan que el surgimiento de estos grupos está ligado a la presentación de un proyecto de ordenanza por parte de una asociación de defensa del medio ambiente del municipio para controlar los residuos de pesticidas en las hortalizas “*que se producen y comercializan en la localidad*”. Considerando que los controles sobre residuos de agroquímicos son prácticamente inexistentes para las frutas y hortalizas que se consumen en el mercado interno a nivel nacional, la intencionalidad del proyecto legislativo parece orientarse a ejercer un control hacia los sujetos productores por su identidad étnico-nacional. Al crearse las oportunidades de interacción entre los horticultores bolivianos y una institución portadora de prácticas legitimadas –en este caso el INTA- se generan las condiciones de posibilidad para aliviar las tensiones con la sociedad local.

“Uno trata de respetar las necesidades del productor. Los hortícolas tienen necesidad de información técnica. El problema que se detecta es el de la inocuidad. En un municipio se presionó y se logró que desde distintos ámbitos se pueda capacitar y no sancionar.” (referente del Area de Desarrollo Rural – INTA –EEAV)

El documento elaborado para presentar el Foro Ambiental para la Producción Hortícola (FAPHOR), organización interinstitucional que tiene como objetivo lanzar un Programa Regional de Uso Racional de Agroquímicos en Horticultura expresa: “Las producciones hortícolas de la zona comenzaron en su mayoría como un asentamiento familiar cuya forma de producción es heredada de manera ancestral. A esto se suma la creciente inmigración de trabajadores bolivianos, quienes traen consigo sus propias prácticas culturales de campo. Este conjunto social, hace que en muchos casos las prácticas que se ven en el campo no se condigan con las Buenas Prácticas Agrícolas, sobre todo en el manejo de agroquímicos. En consecuencia resultaba imperante comenzar a trabajar junto a los productores hortícolas para lograr la inocuidad de sus productos y así garantizar la salud de los consumidores”.

La mayoría de los controles y reglamentaciones relacionados con residuos de plaguicidas y prácticas a campo para el sector frutícola surgen a partir de exigencias impuestas por el mercado externo para la exportación. En horticultura esto no ocurre, ya que principal destino de los productos de las huertas es el mercado interno, y aunque existen reglamentaciones, no se ejerce un control determinante sobre estos.

En la región del Alto Valle de Río Negro la producción hortícola es mucho menor que la frutícola en cuanto a volumen de producción y superficie cultivada. Se trata en general de pequeños y medianos productores con superficies de entre 3 y 10 hectáreas. La mayoría de los productores se encuentran concentrados en las cercanías de los centros urbanos de mayor tamaño de la región. A excepción de la exportación de zapallo, cebolla y ajo, el destino actual de la producción de la zona es fundamentalmente el mercado interno orientado al consumo local en fresco. En términos generales, la producción local abastece el 20% de las necesidades del consumo de la población de la región.

Bourdieu (2007:90) advierte que “no hay nada más engañoso que la ilusión retrospectiva que hace aparecer el conjunto de las huellas de una vida (...) como la realización de una esencia preexistente”. El documento oficial, al señalar que los inmigrantes bolivianos aplican indebidamente los productos químicos, tiende a naturalizar en una característica cultural una práctica que se relaciona con su posición en el espacio social y que expresa las condiciones concretas de existencia de estos agentes. El uso de agroquímicos se asienta en la experiencia empírica: a pesar del conocimiento que se tiene del perjuicio que causan, los plaguicidas se siguen aplicando, con un escaso o nulo control, su uso excesivo se relaciona con el mantenimiento o búsqueda de rentabilidad económica y con la precariedad existente en el mercado de trabajo rural. Souza Casadinho (1997) puntualiza que el uso indebido de plaguicidas se relaciona con a) la flexibilidad y precariedad en el mercado de trabajo rural, b) el mantenimiento o búsqueda de rentabilidad económica de los productores sin considerar el costo social que ello implica, c) deterioro o ausencia del papel del estado que implica deficiencias en la fiscalización y control y/o falta de reglamentaciones específicas, d) exigencias del mercado en lo que hace a una búsqueda de “calidad formal” en los productos hortícolas, e) estrategias de venta o imposición de los agroquímicos por parte de las empresas proveedoras de insumos.

Los integrantes bolivianos de estos grupos de Cambio Rural representan los eslabones más débiles dentro de la red de migrantes. Proviene directamente de Bolivia, o si bien ya han construido una trayectoria laboral en otras provincias argentinas, su llegada al valle es reciente. Se trata de familias integradas por parejas jóvenes en etapa de expansión, que fueron contratados como “tanteros” en temporadas anteriores por sus compatriotas. En búsqueda de autonomía productiva, han dado el salto hacia la condición de productores independientes, alquilando tierra o vinculándose con propietarios de chacra en proceso de reconversión, por lo tanto producen hortalizas en el interfilado de los frutales recién implantados, en superficies que oscilan entre 1,5 y 3 hectáreas. No disponen de herramientas ni maquinarias y establecen relaciones de dependencia precaria con los propietarios para realizar tareas culturales en la fruticultura (raleo, poda, limpieza de acequias). Tienen poca experiencia en horticultura, limitada al trabajo en huertas familiares en Bolivia y al aprendizaje adquirido como tanteros en explotaciones de sus connacionales.

Los saberes, los discursos y las prácticas

¿Cómo se articulan las prácticas de los agentes con el discurso de los técnicos? ¿Cómo se negocian los puntos de vista en la implementación de los programas de intervención? ¿Cuáles son los espacios de conflicto en el campo de la intervención?

Las normas técnicas no pueden ser instituidas sino a través de la mediación con el grupo local, toda norma es dialógica, parte y efecto de un diálogo. Siguiendo a Darré (1985) podemos sostener que la instancia productora de normas es el grupo coactivo o la comunidad, donde se establece lo que es para ese grupo y se rechaza lo inaceptable. Dentro de un grupo, las transformaciones se operan bajo el impulso de algunos y a pesar de las resistencias de otros, así los unos y los otros juzgan la utilidad o el peligro de la transformación propuesta. El grupo local es, para sus miembros, a la vez el marco y el

agente de elaboración de sus propias iniciativas, la red de intercambio en el seno del cual ellos encuentran los medios de ayuda para la asimilación de conocimientos nuevos.

El sentido está ligado a la comunicación, él se construye en tanto se comparte. La variación de sentido no es por tanto atribuido al individuo, sino al grupo asociado a un dominio de prácticas: está asociado al punto de vista propio de ese grupo y la variación de sentido de un grupo a otro está determinado por la distancia de los puntos de vista de los actores. Estos puntos de vista están ellos mismos vinculados a las prácticas, es decir, a las formas de la actividad técnica de las posiciones sociales. En este sentido, la posición del técnico tiende a vincular las actividades de los agricultores y sus comentarios no como parte de un sistema y a las condiciones en que se ejercen, sino en relación a una norma científica o económica; por pertenecer a una institución legitimadora de discursos y prácticas el agente afirma tener “la” visión objetiva. En los conflictos entre personas o grupos inequitativamente situados en la sociedad, no son los puntos de vista lo que están en juego, sino la cuestión misma del punto de vista.

“Son cabeza dura, vos les decís por ejemplo cómo ralea la lechuga y ellos lo hacen a su manera. Yo les digo: no ensayes, esto ya está probado, hacé lo que hay que hacer”.(ingeniera agrónoma del sector privado)

Todas las formas de intervención externa necesariamente entran en la existencia de los individuos y de los grupos sociales afectados, y de esa forma son mediados y transformados por esos mismos actores y estructuras. Si bien es cierto hasta cierto punto que las fuerzas sociales a gran escala alteran las oportunidades de vida y la conducta de los individuos, ellas solo pueden hacerlo modelando directa o indirectamente las experiencias cotidianas de vida y las percepciones de los individuos. Los actores sociales son participantes activos que procesan información y arman estrategias en sus negociaciones con variados actores locales así como con instituciones externas.

Desde la noción de agencia desarrollada por Giddens, Long (1992) atribuye a los actores la capacidad de procesar la experiencia personal y divisar formas de encarar la vida, aun en situaciones de extrema coerción. Dentro de los límites de la información, la incertidumbre y otras restricciones que existen, los actores son capaces de generar conocimiento. Tratan de resolver sus problemas y aprenden a intervenir en el flujo de eventos sociales que los rodean, y monitorean constantemente sus propias acciones, observando cómo otros reaccionan a sus conductas y toman nota de las variadas circunstancias contingentes.

En el caso particular de los productores que integran estos grupos, sus integrantes son concedores del lugar subordinado que ocupan dentro de la red de horticultores bolivianos. Integrar parte de un grupo institucional puede formar parte de una estrategia de mejorar su posición en el campo a partir del intercambio de información, la apertura de novedosas formas de comercialización, como la feria municipal que se instaló la temporada anterior, o tener acceso a herramientas técnicas para incrementar su producción. Sin embargo, también deben ser cautelosos de mantener sus lealtades y compromisos con los componentes de la red local de intercambio recíproco, evitando generar conflictos de intereses. En este sentido, la resistencia de los integrantes ante la propuesta de los técnicos de abrir un mini mercado concentrador de productos hortícolas

en la localidad parece encontrar un límite “de lo posible” si esta práctica pudiera significar una fuente de conflicto con los componentes más antiguos y capitalizados de la red, con quienes mantienen relaciones de interdependencia. Los individuos y los grupos sociales son, dentro de los límites de su información y recursos y de las incertidumbres que enfrentan, “sujetos de conocimiento”, esto es que ellos vislumbran formas de resolver situaciones problemáticas y se comprometen activamente en construir sus mundos sociales, aun cuando ello signifique ser cómplices activos de su propia subordinación. (Long, 1992)

Los procesos de conocimiento están imbricados en procesos sociales que implican aspectos de poder, autoridad y legitimación y ellos sirven para reflejar y contribuir al conflicto entre grupos sociales así como para conducir al establecimiento de percepciones e intereses comunes. El conocimiento así como el poder no puede ser medido en términos de calidad y cantidad, es relacional y se manifiesta en procesos de interacciones sociales. Cada agente individual o colectivo administra sus relaciones dentro de una red social que le permite canalizar comportamientos específicos relativos a demandas de información, bienes, tecnologías, empleo, servicios, etc. Dentro de este contexto relacional construido organizará sus capacidades, ejercerá sus habilidades para influir sobre los demás. O sea, desarrollará una estrategia y movilizará recursos dentro de un marco en el que todos los actores administran una cuota de poder. Uno de los campos es con los agentes externos de desarrollo. Toda influencia externa sobre este campo de relaciones es mediatizado por los propios actores y por sus organizaciones locales, quienes reprocessan tales condicionamientos externos en función de sus intereses y necesidades.

Las condiciones de precariedad en la ocupación de la tierra que trabajan y donde tienen localizada su vivienda los orienta a priorizar los aspectos productivos por sobre las condiciones de vida de ellos y de sus familias. La movilidad geográfica constante, el transcurrir por el espacio se constituye en la norma, en lo medianamente estable. Como consecuencia, se percibe una indiferencia ante los componentes del programa relacionados con el mejoramiento de las condiciones de las viviendas así como la incorporación de tecnologías de invernaderos. Los usos del espacio y los ritmos de movilidad desarrollados por estos grupos se inscriben en lógicas distintas a las que estructuran a las políticas de intervención “en el territorio”, poniendo en tensión permanente la relación entre sedentarismo y nomadismo.

Se convierte en esencial para los actores sociales, ganar las luchas que tienen lugar sobre la atribución de significados sociales específicos a situaciones particulares, acciones e ideas. Alcanzar decisiones implica el uso explícito o implícito de significados discursivos en la formulación de objetivos y en la presentación de argumentos por las decisiones tomadas. Estos significados discursivos o tipos de discursos –construcciones culturales implicadas en la expresión ya sea verbal, o por la práctica social, puntos de vista o valoración- varían y no son solo elementos inherentes a los propios actores: ellos forman parte del capital de conocimiento diferenciado y de recursos disponibles en los distintos tipos de actores. La vida social no se construye sobre un tipo particular de discurso, por lo cual, aun con elecciones restringidas, los

actores encuentran formas alternativas de formular sus objetivos, organizar modos de acción específicos y dar razones por su conducta.

La construcción de un espacio socio-organizativo local precisa tomar el desarrollo de espacios sociales y territoriales que sirvan de marco para las interacciones cotidianas entre actores. En este nivel tienen lugar los procesos sociales y las representaciones que posibilitan y condicionan las dinámicas concretas de comportamiento de los actores. En este espacio social cobran forma las interfases, que facilitan el vínculo entre sistemas y subsistemas sociales diferentes que permiten negociar discontinuidades estructurales e intersecciones contradictorias en términos de intereses, valores, normas. Benencia y Flood (2005) definen a las interfases como las áreas de conocimiento e interacción que median las perspectivas de una diversidad de actores estatales y no gubernamentales, la población destinataria de los programas sociales, proveedores de insumos, etc., que constituyen un campo socialmente construido a partir de la negociación, la evitación y el conflicto. En él se define la distribución de recursos y la legitimación de formas de intervención de los diferentes actores involucrados, entre los conocimientos acumulados localmente y aquellos técnicamente formalizados y disponibles acerca de tecnologías de producción. La existencia de interfases alude al carácter inestable, contradictorio y fragmentado del ámbito local como escenario del desarrollo.

Hasta hace pocos años, la inclusión de los migrantes bolivianos en programas de asistencia técnica del sector público estaba en el terreno de “lo no pensable” en la región. En la medida que estos agentes fueron ocupando un espacio central en el nicho de la horticultura local, empezaron a tener visibilidad para los actores tradicionales, tanto productivos como institucionales. La representación social de la comunidad local en relación con los horticultores bolivianos es contradictoria: aceptados por su docilidad y dedicación al trabajo; pero a la vez considerados como una amenaza por sus “pautas culturales” en el uso de agroquímicos.

El disciplinamiento impuesto por los mercados externos a los productores frutícolas, cuya manifestación concreta son las pautas de Buenas Prácticas Agrícolas está sostenido en mecanismos de control estricto de la producción en términos de inocuidad. Para la producción destinada al mercado interno estos dispositivos no existen o resultan insuficientes o ineficientes, dejando a los consumidores en un estado de indefensión, situación que contribuye a construir discursos estigmatizadores hacia quienes realizan la producción en condiciones de inestabilidad e informalidad.

En este entramado, la intervención técnica estatal hace su aparición como un espacio de mediación –en áreas de interfase- tendiente a administrar los niveles de conflicto entre sectores de la población local y los migrantes, y es en este contexto que puede comprenderse la relación entre lo explícito y lo implícito –o entre lo dicho y lo no dicho- en la redacción de los propósitos del proyecto.

Conclusiones

En referencia a los migrantes bolivianos que practican horticultura en el Alto Valle, se hace necesario vincular los momentos históricos de la migración y la diferenciación de procesos que implica cada uno de ellos. Mientras que los pioneros de la década del 70

ocuparon lugares como medieros en la producción extensiva de tomates, las estrategias de los bolivianos que llegaron en la década del 90 se caracterizan por la construcción de redes flexibles y móviles orientadas a la organización del trabajo y basadas en el principio de reciprocidad. La expansión y consolidación de estas redes hacen posible la continua circulación de personas, bienes, información y recursos que le otorga un carácter indeterminado al proceso migratorio, por lo cual pueden ser considerados dentro de los movimientos de migración transnacional.

La modalidad de asentamiento y de movilidad de las familias bolivianas hortícolas en el Alto Valle no constituye una replicación de los procesos que estos migrantes han desarrollado en otras regiones sino que resultan construcciones muy adaptadas a las condiciones de existencia locales y que se evidencian en la posibilidad de lograr autonomía productiva y de desarrollar capacidades de negociación por el acceso a la tierra con actores locales que se encuentran en procesos de descomposición o desaparición como consecuencia de las modificaciones estructurales en el modelo de la fruticultura regional.

La inclusión de estos agentes en programas públicos de asistencia técnica expresa la manifestación de la creciente visibilización social de este grupo y de la importancia relativa que ocupan en la producción hortícola local. Por otra parte, revela las percepciones que las agencias de intervención construyen en relación a las prácticas productivas de estos agentes por su pertenencia étnico-nacional. Quienes integran estos grupos son los eslabones más débiles y vulnerables de las redes sociales de migrantes. Su inserción en el espacio local implica una construcción continua de estrategias para resolver sus problemas vitales y organizar sus recursos. Supone también que construyen activamente dentro de los límites que afrontan, sus propios patrones de organización doméstica y productiva y sus propias formas de tratar con las agencias de intervención.

Bibliografía

Benencia, R. 1997. "El proceso de expansión capitalista y la heterogeneidad social en el área hortícola bonaerense: transformaciones a nivel productivo, de la mano de obra y de la comercialización" Informe del Proyecto de Investigación UBACYT. Buenos Aires.

Benencia, R. y Flood, C. 2005. *Trayectorias y contextos. Organizaciones rurales en la Argentina en los noventa*. Buenos Aires: Editorial La Colmena – CEDERU

Benencia, R. y Geymonat C. 2003 "Familias bolivianas en Río Cuarto (Córdoba): inserción en la producción y comercialización hortícola". Editado en CDRom de las *Terceras Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales*. PIEA. Facultad de Ciencias Económicas. UBA. Buenos Aires.

Bendini, M. y Tsakoumagkos P. 2002 “Transformaciones agroindustriales y nuevas posiciones laborales”. En Bendini M. y Tsakoumagkos P. (comp.) *Transformaciones agroindustriales y laborales en nuevas y tradicionales zonas frutícolas del norte de la patagonia*. Cuaderno GESA-PIEA N° 3. Buenos Aires: Editorial La Colmena

Bourdieu, P. 2007. *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores

Darré J.P. 1985. *La parole et la technique. L'univers de pensée des éleveurs du Ternois*. París: L'Harmattan Editorial

I.N.T.I. – Uso Racional de Agroquímicos en el sector hortícola de Río Negro y Neuquén – Página web: www.inti.gov.ar – Consultada el 10-02-08

García Vázquez, C. 2005 *Los migrantes. Otros entre nosotros. Etnografía de la población boliviana en la provincia de Mendoza*. Mendoza : EDIUNC. UN de Cuyo.

Grimson, A. 2006 “Nuevas xenofobias, nuevas políticas étnicas”. En Grimson, A. y Jelin, E. (comp.) *Migraciones regionales hacia la Argentina: diferencia, desigualdad y derechos*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Herrera Lima, F. 2000 “Las migraciones y la sociología del trabajo en América Latina”. En de la Garza Toledo (coord.) *Tratado latinoamericano de Sociología del Trabajo*. El Colegio de México-FLACSO-Universidad Autónoma Metropolitana-FCE. México

Hugues, J. y Owen, O. 2002 *Trabajadores migrantes bolivianos en la horticultura argentina: transformación del paisaje rural en el valle inferior del Río Chubut*. Scripta Nova Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales. Universidad de Barcelona, Vol VI, N° 119- www.ub.es/geocrit consultada 20-02-08

Lomnitz, L. 1984. *Cómo viven los marginados*. México: Siglo XXI Editores.

Long, N. 1992. “From paradigm lost to paradigm regained?The case for an actor-oriented sociology of development”. En *Battlefields of knowledge. The interlocking and practice in social research and development*. Editado por N. y A. Long. Londres: Routledge Ed.

Massey, D. et al. 1993 “Theories of international migrations: a review and appraisal”. En *Population and Development Review*. Vol 19, N° 3.

Portes, A. y Böröcz, J. 1989 “Contemporary immigration: theoretical perspectives on its determinants and modes of incorporation”. En *International Migration Review*, Vol XXIII, N° 3. Nueva York

Propersi, P. 1999. *Un espacio de silencios: el mediero hortícola. Características de la mediería en el cinturón verde de Rosario*. Tesis de Maestría. Universidad Nacional de Rosario. Sin editar.

Pries, L. 2000. “Teoría sociológica del mercado de trabajo”. En de la Garza Toledo (coord.) *Tratado latinoamericano de Sociología del Trabajo*. México: El Colegio de México-FLACSO-Universidad Autónoma Metropolitana-FCE.

Ringuelet, R. 2000. *Espacio tecnológico, población y reproducción social en el sector hortícola de La Plata*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Serie: Estudios/Investigaciones.

Schiavoni, G. 1995. “Organización doméstica y apropiación de tierras fiscales en la frontera de Misiones (Argentina)”. En *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, N° 34, 136: 595-608. Buenos Aires. IDES

Souza Casadinho, J. 1997. “Influencia de los pesticidas sobre la mano de obra hortícola. En Benencia R. (director) *El proceso de expansión capitalista y la heterogeneidad social en el área hortícola bonaerense: transformaciones a nivel productivo, de la mano de obra y de la comercialización*. Informe del Proyecto de Investigación UBACYT. Buenos Aires.